

## HACIA UNA NUEVA FRONTERA: COLOMBIA, DEL CAFÉ A LA COCAÍNA\*

*Rosario Sevilla Soler*

Escuela de Estudios Hispano-Americanos.  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Desde principios de este siglo, el café ha ocupado siempre el primer lugar en cuanto al valor de las exportaciones colombianas, y sus efectos sobre el resto del sistema económico y social han sido tan amplios que tradicionalmente se ha considerado como un sector esencial en la vida de Colombia no sólo desde el punto de vista del crecimiento económico, sino, sobre todo, en función de lo que representó para la expansión de la frontera agrícola y para la evolución de la estructura social. Desde hace algún tiempo, sin embargo, hay otro producto, la cocaína, que ha venido a desplazar al café como primer producto de exportación de Colombia. Y con ello, se abre el debate sobre si este último producto ha jugado o no, en los últimos años, el papel que desempeñó en otro tiempo el café como motor de transformaciones económicas y sociales.

Para intentar aclarar —al menos en parte— este problema, voy a exponer aquí, en primer lugar, lo que significó el café para Colombia —especialmente en los aspectos señalados— desde que se inició la expansión de las exportaciones hasta la actualidad. En segundo lugar intentaré hacer lo mismo con el nuevo producto de exportación, la cocaína, aunque en este caso las dificultades son

\* Este trabajo forma parte del Proyecto *Frontera y fronteras. La apropiación de la frontera en América latina* (P594-0054), financiado por la CICYT a través del PGC.

importantes. Al tratarse de un comercio ilegal, carecemos —como ha ocurrido siempre con el contrabando— de fuentes oficiales al respecto y hay que recurrir a cálculos, a veces complicados, para llegar a hipótesis relativamente válidas. Por último, a partir de los análisis anteriores, intentaré establecer una comparación, lo más clara posible, entre los efectos que cada uno de estos productos ha tenido o tiene como motor de la expansión de la frontera agrícola y, en consecuencia, sobre el sistema económico y social colombiano.

#### El café: de la subsistencia a los mercados internacionales

En principio, Colombia no se vio muy afectada por el auge exportador y por la afluencia de inversiones extranjeras que se dieron en gran parte de la América latina a lo largo del siglo XIX. Sólo el comercio tabaquero y las explotaciones mineras merecieron la atención del capital extranjero y del comercio internacional; y como ambos sectores estaban muy localizados, su influencia sobre el resto del sistema económico y social fue mínima. No obstante, la expansión de un nuevo producto de exportación —el café—, en los últimos años de esa misma centuria, cambió por completo esta situación.

Los inicios del cultivo del café en Colombia fueron muy tardíos. Según la mayor parte de los autores, era prácticamente desconocido en el país hacia 1850. Llegó a través de Venezuela, y las primeras plantaciones se dieron cerca de la frontera, en los valles de Cúcuta. Desde allí se fue extendiendo hacia el sur primero, y hacia el oeste después, en momentos en que la demanda mundial superaba con creces a la oferta. Con todo ello, entre 1870 y el final del siglo la producción cafetera se multiplicó por cinco, al igual que su participación en el comercio exterior colombiano. Si en 1870 el café representaba el 8% del valor total de las exportaciones colom-

1 "El expendio del café era algo prácticamente desconocido" en esas fechas; "el té y el chocolate eran bebidas mucho más comunes". McGreevey, W. P.: *Historia Económica de Colombia. 1845-1930*. Bogotá, 1975, pág. 200.

bianas, 40 años después ese valor había llegado a alcanzar el 37,2%. Y en el primer cuarto del siglo XX el crecimiento continuó; de los 600.000 sacos exportados hacia 1910, se llegó al millón en 1915, a los dos millones en 1921 y a los dos millones ochocientos mil en 1929. Gracias a esta expansión, Colombia, que en 1910 exportaba productos por valor de algo menos de dieciocho millones de dólares, en 1929 lo hacía por más de ciento veintiséis millones, de los que un 70% correspondían a las ventas de café. Colombia se convirtió así en un país exportador de productos primarios, y pasó a ser el segundo productor mundial de café —superado sólo por Brasil—, y el primero del denominado café suave.<sup>3</sup>

Pero es que, además, esa expansión de las exportaciones tuvo una influencia esencial en la evolución de la estructura social y en la expansión geográfica, en la medida en que fue un factor clave en la colonización antioqueña de la hoya del Cauca y del Quindío. Esta colonización ha sido considerada por la mayor parte de los científicos sociales, como uno de los procesos más importantes en la vida de la Colombia independiente, pues "a partir de él se genera una significativa transformación económica de todo el occidente colombiano y se altera la composición demográfica del país",<sup>4</sup> al tiempo que se amplía la frontera real.

A finales de la etapa colonial, el oro constituía el 85% de las exportaciones totales de Colombia. Y pese a que en el siglo XIX Antioquia producía el 46% de ese oro, la región permanecía casi despoblada y aislada del resto del país. Y "en un ímpetu colonizador" sin precedentes, los antioqueños extendieron de forma ex-

2 Ver sobre ello Palacios, M.: *El café en Colombia 1850-1970: Una historia económica, social y política*. Bogotá, 1983, págs. 43 y 70 a 73. Ver también Ocampo, J. A.: *Colombia y la economía mundial. 1830-1960*, México, 1984, págs. 315 a 318 y Parsons, J.: *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, Bogotá, 1961, pág. 202.

3 Estos valores han sido tomados de Ospina Vázquez, L.: *Industria y producción en Colombia. 1810-1930*. Medellín, 1955, págs. 356-357. Según este autor, cada saco contenía 60 kg.

4 Escorcía, J.: *Historia de Colombia. Siglo XX*. Cali, 1983, pág. 48.

traordinaria sus fronteras hacia el sur y el oeste, al tiempo que extendían también el cultivo del café y quebraban, al menos en parte, la estructura latifundista hasta entonces imperante.<sup>5</sup>

La ocupación de áreas vacías a través de la pequeña y mediana propiedad, significó poder incorporar a la economía comercial y al propio Estado, extensos territorios que difícilmente podían ser controlados con anterioridad. De hecho, casi desde la independencia los gobiernos colombianos, como otros muchos del subcontinente, habían intentado ocupar esos territorios —como única forma de dominación efectiva—, recurriendo para ello a la atracción de colonos europeos. Pero no tuvieron mucho éxito,<sup>6</sup> y grandes zonas del país permanecían despobladas todavía a mediados del siglo XIX.

A raíz de la independencia la distribución de tierras públicas favoreció, como en otros países del área, a dirigentes revolucionarios, a militares de la nueva república o a sus familiares, así como a compañías y empresarios particulares, que recibían esas tierras como pago de las deudas estatales. Así, aunque en teoría el Estado fuera partidario de una colonización de las tierras vacías a través de pequeñas propiedades, de una manera u otra, la mayor parte de ellas pasaron a manos de las oligarquías terratenientes y comerciales, interesadas —en general— en dificultar una colonización que para ellos representaba la pérdida de una parte de la mano de obra campesina barata.

Y aunque para obtener esas tierras el beneficiado debía "cultivar el suelo, construir casa y demostrar otros usos económicos, por un periodo" determinado de tiempo, en la práctica, se olvidaban de ellas en la mayor parte de los casos, hasta que por la llegada de colonos espontáneos o por la extensión de los cultivos comerciales,

5 Safford, F.: "Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano. Un examen crítico de las tesis de Everett y Hagen", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, núm. 3, vol. 2. Colombia, 1965, págs. 25 y 59-60.

6 Sobre los intentos de los gobiernos por atraer a la inmigración extranjera, ver Safford, F: "Empresarios nacionales y extranjeros en Colombia durante el siglo XIX", en *Aspectos del siglo XIX en Colombia*, Medellín, 1977, págs. 36-37.

se revalorizaban. Y esto ocurrió también en Antioquia, donde amplios territorios "estaban cubiertos de selva virgen" a pesar de tener dueños legales que, en teoría, tenían que explotarlos.<sup>7</sup> Y, desde luego, era también la situación de aquellos lugares en los que más tarde el cultivo del café iba a llegar a su máxima expresión.

En principio la colonización antioqueña tuvo poco que ver con el cultivo del café, que se inició en la zona mucho más tarde. A lo largo del siglo XIX grupos de campesinos, independientes u organizados, partían de la zona central de Antioquia en busca de nuevas oportunidades, "como la mejor alternativa a la miseria o a convertirse en peones de los grandes propietarios". Fueron las tensiones sociales las que impulsaron al campesino a abrir nuevas tierras al cultivo. La colonización actuó como "válvula de escape para una creciente población que, de otro modo, habría presionado" sobre el latifundio.<sup>8</sup>

La mayor parte de las tierras ocupadas en las primeras fases de esa colonización eran baldíos, que se fueron concediendo a los colonos por los distintos gobiernos para sus siembras con el fin de que se establecieran nuevas poblaciones que implicaran una ocupación real del territorio. Grupos de familias modestas emprendían la marcha, con frecuencia juntos, y, conjuntamente también, procedían a las tareas de limpieza del terreno para iniciar los cultivos. Lo hacían dentro de un sistema precapitalista, cuyo resultado, en realidad, era la extensión de las fronteras de la agricultura de subsistencia. Las tierras de colonización no ofrecían, en principio, grandes oportunidades a los nuevos pobladores, sino sólo posibilidades de supervivencia a una población desempleada o sometida a las duras condiciones del peonaje en las haciendas.<sup>9</sup>

7 McGreevey: *Historia económica de...*, págs. 132 a 134, y Fals Borda, O.: *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, Bogotá, 1975, págs. 46 a 49.

8 La existencia de una masa creciente de campesinos independientes, que se niegan a ser explotados en la hacienda, es el punto de partida de esta gran movilización, Escorcia: *Historia de Colombia...*, págs. 49-50.

9 En eso parecen estar de acuerdo casi todos los autores que han tratado el problema. Ver Por ejemplo Parsons: *La colonización antioqueña...*, Pág. 133; López

El sistema de cultivo que establecían los nuevos colonos era el clásico utilizado por los indígenas en las tierras de ladera: tala y quema, y siembra de maíz, yuca y otros productos de subsistencia. Después de varias cosechas, empobrecido el terreno, se dejaba en barbecho para abrir nuevas tierras al cultivo. Este método, aunque es cierto que ocasiona un desgaste del suelo, no trajo consigo, como en otros lugares, "una frontera hueca en la que las tierras detrás de las líneas de avanzada quedasen en desuso.." Las tierras en barbecho fueron utilizadas para la ganadería, que creció extraordinariamente desde la independencia. 10

De todas maneras, esta situación iba a cambiar con la incorporación del café a las zonas de colonización, circunstancia que implicó la extensión de la agricultura comercial a esas regiones. El café encontraría su medio más idóneo en las laderas andinas de la región antioqueña y su modo ideal de producción en la pequeña finca familiar. En palabras de Marco Palacios: "la región contenía ( ... ) los suelos más fértiles y las condiciones ecológicas más propicias para el café, quizás de toda la América latina ( ... ) Los elementos que posibilitan y moldean el ciclo biológico de la planta ( ... ) se encuentran en abundancia en los flancos de los Andes colombianos .... 11

No es que la colonización fuera, desde luego, un fenómeno exclusivo de familias campesinas; en ella participaron, de una u otra forma, todos los sectores sociales antioqueños. Y, por otra parte, como había ocurrido también en las regiones orientales, la introducción del café en las zonas de colonización comenzó por las haciendas. Pero donde mejor se desarrolló fue en las tierras de vertiente, que resultaban poco aptas para el sistema tradicional de lati-

Toro, A.: *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX*, Bogotá, 1970, pág. 43; Ospina Vázquez: *Industria y Protección...*, pág. 447, o Palacios: *El café en...*, pág. 294.

10 Sobre el aprovechamiento de la tierra ver Parsons: *La colonización antioqueña...*, pág. 163, y López Toro: *Migración y cambio...*, págs. 56-57.

11 Las citas son de López Toro: *Migración y cambio...*, págs. 37 y 38, y Palacios: *El café en Colombia...*, págs. 74 y 207. Ver también García, A.: "Colombia. Medio siglo de historia contemporánea", en *América Latina, Historia de Medio Siglo*, México, 1977, t. I, pág. 174.

fundio. Las características del cultivo exi<sup>g</sup>ían "técnicas selectivas" y abundante mano de obra, pero sólo en determinados períodos; y eso representaba serias dificultades para los hacendados en lugares como aquéllos, donde la densidad demográfica era baja. Por otra parte, podía producirse junto a los cultivos de subsistencia que<sup>g</sup>arantizaban el mantenimiento de la unidad familiar, evitando el monocultivo y favoreciendo con ello un cierto "desarrollo sostenido" de la zona."

Los patrones de ocupación no variaron, sin embargo, con la introducción del nuevo producto; fueron los clásicos de la etapa colonial y de los inicios de la colonización. Primero se plantaban maíz, frijoles, plátanos, mandioca, etc., bases de la alimentación campesina. En la parcela no había lugar para el café, que sólo produce frutos después de unos años, y que exi<sup>g</sup>e cuidados que, en general, en los primeros momentos del establecimiento de la familia campesina, no podía tener. Sólo tras, al menos, 10 años de la llegada a las nuevas tierras, y atraídos por la perspectiva de un ingreso monetario —de otra manera casi fuera de su alcance—, el campesino introduce el café en sus siembras. Eso sí, una vez puesto en marcha el cultivo, el modo de producción, en el que el trabajo familiar era la única fuente de mano de obra, se ajustaba perfectamente al esquema de la pequeña finca familiar.'

El cafeto se plantaba junto a los plátanos y árboles de sombra autóctonos, que protegían el suelo —manteniendo el grado de humedad y la temperatura ambiente— y a la propia planta. Además, y como ocurría en las haciendas, su cultivo se combinó también con la<sup>g</sup>anadería. Aprovechando primero los pastos naturales, y más tarde los artificiales, se lo<sup>g</sup>ró un extraordinario rendimiento de la tierra. Todo ello hizo posible la expansión de la frontera agrícola sin

12 Ver sobre ello García: "Colombia. Medio si<sup>g</sup>lo...", pág. 174, y McGreevey: *Historia económica de...*, pág. 245.

13 Marco Palacios, en *El café en...*, describe detalladamente los sistemas de cultivo, tanto en las haciendas como en las pequeñas fincas. Ver, por ejemplo, las págs. 100, 209, 294 y 444 de esa obra. Ver también Parsons: *La colonización antioqueña...*, pág. 208.

que fuera acompañada de un desplazamiento continuo de la población y recuperando "para la producción extensiones importantes en lo poblado de antiguo, maltratadas por los viejos sistemas de cultivo".<sup>14</sup> La utilización de la tierra mejoró notablemente, al tiempo que se lograba la integración campesina al mercado, originando con ello una verdadera transformación social.

En definitiva, la colonización —independiente u organizada—, una vez que incorporó a sus esquemas la producción de café, fue definitiva para la ampliación de la frontera, ya que "arraigó a la tierra a los grupos de campesinos emigrantes, que antes habían mostrado rasgos definidos de nomadismo". "Restó base a la economía nómada del maíz, del frijol, de los plátanos, de los cerdos y abrió las puertas a una actividad sedentaria y articulada al sistema de mercado".<sup>15</sup>

No obstante, la colonización no fue una empresa fácil para los campesinos sin recursos, que, en ocasiones, tuvieron que hacer frente a poderosos terratenientes o grandes compañías que reclamaban como suyas las tierras ocupadas. Sin embargo, tuvieron a su lado un aliado que resultaría clave: la oligarquía antioqueña. En principio, los movimientos colonizadores, dirigidos en su mayor parte a territorios baldíos, no tuvieron una clara respuesta en contra por parte del sector latifundista; puede hablarse, incluso, de una "condescendencia inicial", hasta que crece el movimiento migratorio y las tierras se van revalorizando en función de la producción de café. Pero para entonces la colonización había adquirido una importancia social tal, que no resultaba fácil frenarla; y además, también para entonces, "el sistema político y social vigente en Antioquia" no consideraba el latifundio, en sí mismo, como símbolo de riqueza; sólo lo era en el caso de que se hubiera convertido en una empresa productiva. Por el contrario, la propia oligarquía antioqueña, vigilando sus intereses, favoreció la colonización. Concedió apoyo, tanto financiero como legal, a las comunidades campesinas, espe-

14 Palacios: *El café en...*, pág. 208, y Ospina Vázquez: *Industria y protección...*, págs. 354 y 447.

15 López Toro: *Inmigración y cambio...*, Págs. 57 y 83.



cialmente en casos de conflictos con aquellos latifundistas y compañías concesionarias de tierras que pretendían desplazarlos. 16

La oligarquía antioqueña no tardó en darse cuenta del futuro que ofrecía el sector cafetero, y, en principio, comenzó a invertir en las haciendas. Pero la inversión, aunque en un primer momento prometía altas tasas de rentabilidad, presentaba también considerables riesgos. El cafeto tardaba en dar frutos lo suficiente como para que los hacendados se vieran, en muchas ocasiones, incapacitados para hacer frente a sus deudas; por otra parte, la producción en la hacienda resultaba también excesivamente sensible a las devaluaciones, así como a los problemas de mano de obra.<sup>17</sup> Los grupos que detenían el poder económico en Antioquia, comprobaron pronto que la producción de este fruto se adaptaba mejor a la pequeña finca familiar —que no exigía inversión directa ni tampoco mano de obra ajena a la unidad productiva—, y dirigieron sus inversiones a las plantas procesadoras de café y a su comercialización. Para que el negocio funcionara, necesitaban el incremento de la productividad de los campesinos, a los que compraban directamente su cosecha; y, en consecuencia, contribuyeron, en lo posible, al proceso de colonización. Los avances en la frontera agrícola fueron, en este sentido, resultado conjunto de la migración espontánea del campesino sin tierras y de la planificación e inversión —a largo y medio plazo— del empresariado antioqueño.<sup>18</sup>

Contando con este apoyo, tras una primera etapa de cultivos de subsistencia el colono comenzó a alternar éstos con el cafeto para, en una tercera fase, en función de la expansión de la demanda, llegar a una mayor dependencia de este último. Fue así como la

16 La actitud de las oligarquías antioqueñas en este punto es analizada detalladamente por J. A. Ocampo en *Colombia y la...*, págs. 39 a 44. Su influencia fue decisiva en tres aspectos: crédito, aprovisionamiento para los colonos y apoyo político para que el Estado cediera tierras públicas y mediara en los conflictos antes señalados, Palacios: *El café en...*, pág. 295.

17 Sobre estas cuestiones ver Palacios: *El café en...*, págs. 96-97, 120 y 155.

18 Ocam<sup>P</sup>O: *Colombia y la...*, Págs. 345-346.

colonización, unida al auge cafetero, se fue extendiendo por las vertientes andinas a través de una estructura agraria basada en la pequeña y mediana propiedad, que no requería grandes innovaciones técnicas y que incorporaba al mercado tierras hasta entonces sin utilizar que, de otro modo, sólo hubieran sido cultivadas por medio del sistema de rozas y quema»

Y esto —aunque en principio no existiera conciencia de ello—, significaría una ruptura tal de los esquemas sociales tradicionales que para muchos autores esa colonización constituyó una verdadera reforma agraria.<sup>20</sup> La hacienda tradicional no sólo consagraba la desigual distribución del ingreso, sino que, en función de la mayor integración en el mercado mundial, intentó incrementar la productividad sin cambiar las relaciones de producción, empeorando, incluso, la situación del trabajador rural respecto a la época de la colonia. Esas relaciones de producción impedían, por supuesto, el acceso del campesino al mercado.

Por el contrario, la estructura resultante del proceso de colonización proporcionó al agricultor una renta monetaria que le permitió, en mayor o menor grado, incorporarse a ese mercado. Las zonas de colonización se convirtieron en una especie de "Dorado" para una importante masa de campesinos sin tierras procedente de todo el país, que se arriesgaba a lo desconocido para escapar de una miseria segura y que contribuyó a que la población antioqueña, antes exigua, llegara a representar en la década de 1920 el 26% del total de la colombiana.<sup>21</sup>

19 La ocupación de las vertientes andinas fue tan rápida que si en 1870 había en el país unas cinco mil fincas cafeteras, que ocupaban a unas treinta mil personas —casi todas en la cordillera oriental—, 50 años más tarde 900.000 personas se habían incorporado al mercado en las zonas de colonización. McGreevey: *Historia económica de...*, págs. 200 a 203 y 235. Ver también Ocampo: *Colombia y la...*, págs. 67-77.

20 Marco Palacios hace referencia a ello en *El café en...* págs. 164 y 299.

21 Ver sobre ello Escorcía: *Historia de Colombia...*, págs. 50 a 55. El incremento de la población es ya destacado por Parsons en *La colonización antioqueña...*, pág. 107.

Y todo ello fue esencial para que surgiera en la zona el sector industrial. No sólo crecían la población rural y sus posibilidades de incorporarse al mercado, sino también la urbana relacionada con las empresas procesadoras y comercializadoras de café, y con el mayor desarrollo de la administración y de las obras públicas que el crecimiento del sector exportador llevó aparejados. Se crea así un mercado, relativamente importante, para una serie de productos corrientes que, hasta entonces, resultaba más rentable importar que producir. De este modo, se abrieron nuevos campos de inversión a la burguesía antioqueña, que, a diferencia de la de otros países del área, había sabido hacerse con el control del sector exportador.

Los grupos que se habían enriquecido primero con la minería de oro, invierten el excedente de capital de ese sector en el procesamiento y la comercialización del café; y, a su vez, los beneficios obtenidos en este nuevo sector, son invertidos en el industrial, que en la década de 1920, con el incremento de los ingresos cafeteros que se produce desde 1914 y la incorporación al mercado de una población, por otra parte, creciente, transformó a Antioquia en la primera región industrial del país. Fue así el café el factor que propició, al mismo tiempo, la aparición de clases medias y la acumulación de capital que, a su vez, originaron luego la aparición de la industria. Ésta, por su parte, al incrementar el proletariado urbano, iba a ampliar el mercado interno, abriendo nuevas posibilidades al sector.

La dependencia de la economía colombiana respecto al café ha sido, pues, muy fuerte desde comienzos de este siglo; el crecimiento o disminución del valor de las exportaciones ha afectado de manera decisiva al resto del sistema, en cuanto que depende de las divisas generadas por las exportaciones de café para la importación

22 García: "Colombia. Medio siglo...", pág. 178. Según Marco Palacios, la población antioqueña pasó de 395.000 habitantes en 1870 a 923.000 en 1905, en *El café en...*, págs. 317-318.

23 Arrubla, M.: "Esquema Histórico de las Formas de Dependencia", en *Estudios sobre el Subdesarrollo Colombiano*, Medellín, 1969, págs. 83-84.

de la tecnología que la industria necesita para seguir avanzando. Por ello, desde la crisis económica internacional de la década de 1970, que trajo consigo una considerable disminución de los precios del producto en los mercados internacionales, los <sup>s</sup>gobiernos colombianos han fomentado una mayor diversificación del sector exportador. El resultado ha sido que si en la década de 1960 el café representaba el 62,2% del valor de las exportaciones del país, en la de los 80 significaba un 41,3%.<sup>24</sup>

A pesar de ello, el café si <sup>s</sup>ue siendo todavía el pilar fundamental de la economía colombiana. Con la excepción de algunos momentos concretos —como el ya indicado en los años 70—, su precio se ha mantenido relativamente estable, en función del mantenimiento de la demanda. Ya no puede ser considerado el motor de la economía como en la primera parte del siglo; este papel lo ocupa ahora el sector industrial. Pero es, todavía, lo que permite a Colombia seguir importando los bienes de capital que necesita para que la industria siga creciendo, además de poder ir pagando los servicios de una deuda externa, a la que otros países del área no pueden hacer frente.

### **Las nuevas demandas del mercado exterior: la cocaína**

Por lo que se refiere al que hoy es el otro pilar sobre el que se asienta el comercio exterior colombiano, el tráfico de cocaína, su estudio, como ya se ha indicado, plantea bastantes más problemas que el del café, a pesar de que su auge se produce en una época en la que, en principio, el acceso a los datos parece más fácil. Las cifras relativas a las personas implicadas en el sector —desde los cultivadores a los caeos del tráfico— y a la cantidad de hoja de coca

<sup>24</sup> Esto no ha si <sup>s</sup>ignificado sin embargo la disminución de las exportaciones cafeteras, sino el incremento de las de otros productos. *Situación económica. principales problemas y perspectivas de desarrollo en Colombia*. CIES. ONU, Washington, 1975, págs. 53-54.

producida, refinada y exportada, varían considerablemente según las fuentes.<sup>25</sup>

La producción de hoja de coca no es, desde luego, nueva en América; ha sido tradicionalmente cultivada en Perú y Bolivia y, en menor grado, en algunas regiones de Ecuador y Colombia, siempre como producto de consumo del grupo indígena. A lo largo del presente siglo, parte del excedente de producción indígena ha sido convertido en cocaína y exportado ilegalmente desde las regiones andinas a Europa y a los Estados Unidos. Pero el volumen de estas exportaciones era mínimo y su trascendencia económica prácticamente nula. La producción para consumo interno, usos farmacéuticos y ese pequeño comercio ilegal, no superaba las veinte toneladas de hoja al llegar la década de 1970.<sup>26</sup>

Incluso cuando el uso de drogas se generalizó en los países de la llamada cultura occidental, en la década de 1960, lo reducido de la oferta y, por tanto, lo elevado de su precio, así como la propia mentalidad de la época, parecían estar en contra de su difusión. Sin embargo, en la década siguiente y, sobre todo, en la de 1980, la demanda de este producto experimentó un incremento tal —especialmente en el principal mercado para las drogas, los Estados Unidos—, que originó una verdadera revolución en el sector. En una sociedad en la que el éxito económico y social lo es todo, los jóvenes estadounidenses son más activos; y la necesidad de competir y buscar ese éxito, hace que rechacen los alucinógenos de moda en los años anteriores y que, por el contrario, busquen estimulantes que los ayuden a triunfar. Y dentro de éstos, sobresale la cocaína, especialmente en los sectores elevados de la sociedad que pueden pagar su alto precio.<sup>27</sup>

25 Nadelman, E.: "Latinoamérica: economía política del comercio de cocaína", en *Texto y Contexto*, núm. 9. Bogotá, 1986, págs. 28-29.

26 *Ibidem*, pág. 28.

27 Pérez Gómez, A.: "En busca de las explicaciones del comercio de la cocaína", en *Texto y Contexto...*, pág. 16. Es evidente que la cocaína ha sido vista con cierta permisividad por determinados grupos sociales, en función de no ofrecer, en principio, secuelas tan evidentes como por ejemplo las de la heroína.

La demanda fue creciente y, con ello, como había ocurrido antes con el café, creció también la oferta y cada uno de los eslabones de la cadena que va del productor de hoja de coca al exportador de la cocaína. No obstante, el papel de ésta dentro del sistema económico y social, por las causas ya indicadas, es difícil de analizar. Para empezar, no resulta fácil determinar con certeza la cantidad de tierra dedicada a la producción de hoja de coca. En la mayor parte de los casos los cultivadores son propietarios de pequeñas parcelas en las que se intercalan cultivos de coca con otros distintos que, al mismo tiempo que proporcionan los alimentos necesarios para la familia campesina, disimulan aquéllos que hoy se quieren erradicar.

Lo que sí parece evidente es que con la fuerte expansión de la demanda desde la década de 1970, no sólo se incrementó su cultivo en las regiones de Yungas y Cuzco —las mayores productoras—, sino que se amplió el mismo a otras zonas de Perú y Bolivia, y también de Colombia, donde a principios de esa década apenas se producía para el consumo indígena; sólo se reexportaba la cocaína ya elaborada a partir de la hoja o la pasta de coca importada de esos otros países.<sup>28</sup>

Las regiones productoras de hoja de coca han sido, generalmente, en todos los países implicados, territorios aislados y poco poblados; sus habitantes son indígenas que, hasta el incremento de la demanda, permanecían inmersos en una economía de subsistencia, prácticamente al margen de los mercados nacionales. En el caso de Colombia se producía, por ejemplo, en la Amazonia. Allí, los indígenas desarrollaron un sistema de cultivo idóneo para las zonas selváticas, con suelos de baja productividad, que les servían de medio natural. Limpiaban de bosque una parcela —generalmente no mayor de tres hectáreas—, y luego procedían a la quema; a continuación, esparcían por el suelo las cenizas y plantas podridas, que servían de abono natural. Después de la recogida de dos o tres cose-

<sup>28</sup> Caballero, A.: "Hay que legalizar la coca", en *Texto y Contexto...*, pág. 70, y Nadelman: "Latinoamérica: economía política...", pág. 29

chas de maíz o yuca, el territorio se empobrecía y el campesino tenía ya que tener preparada una nueva parcela para continuar el proceso, evitando con ello el deterioro excesivo del terreno ocupado. En esas parcelas, la coca no era sino un cultivo más, sembrado en pequeñas cantidades para el consumo familiar. Con este sistema, el asentamiento estable de la población a la tierra resultaba casi imposible; pero se permitía que el suelo abandonado se fuera recuperando. Entre diez y cuarenta años después, dependiendo del terreno, "las plantas colonizadoras ( ... ) progresivamente restituían las condiciones originales del bosque ...". 29

Pero la mayor demanda de hoja de coca va a transtornar gravemente esta situación. En la década de 1970, sujetos ajenos al grupo autóctono comienzan a intervenir en el proceso. Primero compran la cosecha de hoja al campesino y luego establecen sus propias plantaciones, que adquieren en ocasiones por medio de la compra de tierra a sus pobladores seculares, los indígenas, y en otras por la simple ocupación del terreno. La extensión de las parcelas en que se hacían estas nuevas siembras era considerablemente superior a la de las primitivas: algunas superaban las diez hectáreas. Y en ellas, por las necesidades de luz y sol de la planta, el bosque tenía que ser arrasado.<sup>30</sup>

El resultado fue una sobreexplotación que condujo, irremediablemente, a la degradación del territorio. Los costos de producción fueron cada vez más altos debido a ese agotamiento del suelo, y el cultivo se fue desplazando a otras zonas. En palabras de Antonio Caballero: "En todo el sur del país, desde el Meta hasta el Amazonas, decenas de miles de colonos de la llamada frontera agrícola siembran —casi exclusivamente— hojas de coca... Y muchos miles más lo hacen en la Sierra de Santa Marta y en las montañas de Cauca, en el noroeste de Cundinamarca, en el sur de Valle, en las selvas del Opón y del Carare, en la zona esmeraldife-

29 F. Correa explica detalladamente este proceso en su trabajo "Coca y cocaína en la Amazonia colombiana", en *Texto y Contexto...* págs. 92 a 95.

30 *Ibidem*, págs. 102-105.

ra de Muzo y de Coscuez, en el bajo cañón de Chicamocha, en los caños y las ciénagas del Atlántico y el Magdalena y en las sabanas de Bolívar".<sup>31</sup>

Y los datos más fiables que tenemos al respecto —los de la Agencia estadounidense contra la Droga (DEA)— coinciden con estas apreciaciones. Según los informes de ese organismo, de las cien o ciento veinticinco mil hectáreas de tierra cultivada con hojas de coca en 1984 en los países andinos, entre quince y diecisiete mil correspondían a Colombia.<sup>32</sup> Y en 1992, esta extensión se había multiplicado por dos: alrededor de treinta mil hectáreas de tierra estaban ya, al parecer, dedicadas a este cultivo en esa república.<sup>33</sup>

El crecimiento de la producción es, lógicamente, paralelo al de la extensión de las siembras. Si en 1984 la producción de hoja de coca en Colombia era de unas doce o catorce mil toneladas, en 1990 era de treinta y dos mil, al tiempo que su cultivo ocupaba a unas sesenta mil personas. Y aún mayor es el incremento en la producción de cocaína ya que, como todos sabemos, gran parte de la hoja de coca producida en otros países —en los que, por otra parte, también se extiende considerablemente el cultivo— es refinada en Colombia y exportada desde allí como cocaína al resto del mundo. No tenemos, como es lógico, datos exactos sobre esas exportaciones; pero sí, como en los casos anteriores, aceptamos —con las reservas que sean necesarias— las cifras ofrecidas por la DEA, a mediados de los años ochenta se producirían en el área andina unas doscientas toneladas de cocaína, en su mayor parte exportada desde Colombia. Para 1992 algunas fuentes elevan esa producción a 750

31 Caballero: "Hay que legalizar...", pág. 70.

32 Se trata, desde luego, de cifras aproximadas, Nadelman: "Latinoamérica: economía política...", pág. 29.

33 José Santamarta, utilizando como E. Nadelman informes de la DEA, señala concretamente 27.000. Santamarta, J.: "Ecolo<sup>g</sup>ía de la cocaína. La cocaína es la única multinacional exitosa de América latina", en *Gaia: Ecología<sup>y</sup> equidad para un mundo sostenible*, núm. 1. Madrid, 1993, pág. 43.



toneladas, una vez mezclada con otros productos que disminuyen su pureza.<sup>34</sup>

No deja de ser curioso que sea precisamente Colombia, con una producción de hoja de coca muy por debajo de la peruana o la boliviana, la que se convierta en el principal exportador del producto refinado. Pero así fue, por causas que resulta difícil determinar, y en 1980 ese producto proporcionaba va al país unos mil quinientos millones de dólares: y a mediados de esa década la cantidad se había incrementado hasta tal punto que se encontraba entre los tres mil y los cuatro mil millones de dólares, prácticamente el doble que los ingresos generados por la exportación de café en esa misma época."

Y esto ha tenido importantes consecuencias no sólo para la economía, sino para la sociedad y la vida colombiana en general. Las organizaciones más ricas y poderosas del país son los carteles de la droga: son las que tienen no sólo recursos suficientes para sobornar altos funcionarios o pagar asesinos a sueldo que deben acabar con la vida de los que se atreven a hacerles frente de alguna manera, sino incluso, como ha ofrecido algún narcotraficante, para pagar la deuda externa de sus propios países.<sup>36</sup>

"Los capos del narcotráfico, que antes eran cuatro o cinco, hoy son decenas", los funcionarios corrompidos por los llamados dineros calientes, que al principio eran sólo unos cuantos aduaneros, pasaron a ser millares, "desde cónsules y embajadores a generales o jueces". Muestras de ello han aparecido con frecuencia en

34 Estas cifras son aportadas por Nadelman y Santamarta basándose ambos en los datos proporcionados por los informes de la DEA. Nadelman: "Latinoamérica: economía política..." p. 29 a 32, y Santamarta: "Ecología de la... , p. 43.

35 Nadelman, calculando a la baja, como él mismo afirma, habla de 2.700 millones de dólares, mientras que Caballero señala que puede llegar a los 4.000. Nadelman: "Latinoamérica: economía política..." p. 32-33. y Caballero: "Hay que legalizar..." p. 70.

36 Son estos los factores que hacen que cada vez sea mayor el número de estudiosos del tema favorables a la legalización del tráfico. Harman, N.: "La política de la sensatez". en *Cambio 16*. núm. 961, Madrid. 1990.

37 Caballero: "Hay que legalizar..." p. 71.

los periódicos durante los últimos años. Podemos citar, por ejemplo, el caso de Jorge Luis Ochoa, uno de los principales capos del narcotráfico colombiano, que fue encarcelado en España a finales de la década de los 80 y, a pesar de la oposición de los Estados Unidos, fue extraditado a su país de origen. Allí lo <sup>eró</sup> sin problemas la libertad, a causa de lo que podríamos considerar, al menos, "extrañas" decisiones judiciales y "sospechosas" actitudes de funcionarios de prisiones.<sup>38</sup> Más conocido todavía por todos es el caso del ya fallecido Pablo Escobar que, tras ne <sup>ociar</sup> su entre <sup>sa</sup> con las autoridades colombianas, vivió en una cárcel considerada como un verdadero hotel de lujo hasta que, ante el peligro de que su situación cambiara, salió de allí con la misma facilidad que lo hubieran hecho las propias autoridades.<sup>39</sup>

Tampoco podemos dejar de señalar la violencia que este comercio ilegal ha traído aparejada. En principio, los que sufrían esa violencia eran "oscuros personajes de Medellín o Cali implicados en el negocio", víctimas de ajustes de cuentas en una <sup>guerra</sup> que se producía, exclusivamente, entre delincuentes. Pero desde la década de los ochenta, los asesinatos se extendieron a personas que nada tenían que ver con el negocio pero que, de una u otra forma, se oponían a él, desde jueces a periodistas, pasando por líderes políticos, Hubo un momento en que cada vez eran menos los que se atrevían a hacer frente al problema, diezmados por el miedo y la violencia.<sup>40</sup> Y, así, las implicaciones sociales del narcotráfico son cada vez mayores, con efectos cada vez más negativos.

Pero es que sus posibles beneficios económicos son también discutibles. Es cierto que la exportación de cocaína proporciona a

38 El diario *El País* reco <sup>se</sup> con frecuencia noticias de este tipo. Ver por ejemplo el número del 14 de julio de 1988, los de 13 y 15 de enero de 1989 o el del 26 de agosto de ese mismo año. No podemos dejar de citar, aunque sea boliviano, el caso del narcotraficante Roberto Suárez, que sometió a chantaje a políticos y militares que fueron filmados cuando lo visitaban en su escondite.

39 Ver la prensa diaria del segundo semestre de 1992.

40 En este sentido hay que recordar, por ejemplo, la muerte del director de *El Espectador* o del subdirector de *El Occidente*, junto a la de un ministro de Justicia y multitud de policías (Caballero: "Hay que legalizar...", pá <sup>g.</sup> 71).

Colombia considerables ingresos. superiores incluso a los que origina el café; pero, por el contrario. su distribución no es ni parecida a la que fue en su momento la distribución de aquéllos. El efecto económico no es el mismo en todos los países implicados en la producción; en el caso de Colombia se produce una mayor desigualdad distributiva y, en consecuencia, los efectos de la expansión exportadora son menos beneficiosos que en Perú o Bolivia.<sup>41</sup> Mientras en estos países el sector más afectado es el primario. representado por pequeños campesinos que encuentran en la coca la puerta de escape a la miseria. en Colombia lo son los de la transformación y comercialización. con ganancias más elevadas, pero más reducidos.

Se afirma con frecuencia que la mayor parte de los ingresos originados por el narcotráfico se quedan en manos de los grandes capos. que los mantienen en bancos de países extranjeros considerados como paraísos fiscales. Según algunas fuentes, de los cien mil millones de dólares que proporcionó la cocaína puesta en el mercado en 1992, sólo seis mil se quedaron en América latina.<sup>42</sup> Esto desde luego es así, pero sólo hasta cierto punto; una parte relativamente importante de ese dinero vuelve, una vez legalizado, a la región, y concretamente a Colombia. Y aunque aquella afirmación fuera cierta al cien por cien, hay que tener en cuenta que son muchos los que se integran en el proceso, desde la unidad campesina que produce la hoja a los químicos que elaboran el producto terminado. pasando por todos aquellos relacionados de una u otra forma. aunque sea indirectamente, con aquél. Como afirma Ethan Nadelman, lo que determina "la utilidad económica obtenida por el país", no son los inmensos ingresos de los grandes jefes, "sino el trabajo intensivo asociado" al comercio de cocaína. De hecho, a mayor número de personas involucradas en el proceso y a menor promedio de ganancias, existen mayores posibilidades de que los beneficios permanezcan en el país. Y son muchas las per-

41 Nadelman: "Latinoamérica: economía política...", pág. 43.

42 Santamarta: "Ecología de la...", pág. 43. Para llegar a estas cifras Santamarta ha partido, como en los casos anteriores. de fuentes de la DEA.

sonas que participan en él, cuyos ingresos es difícil que salgan de Colombia»

Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con los cultivadores, cada vez más numerosos. En principio, la mayor parte de los productores de hoja de coca colombianos eran campesinos sin otro medio de vida, que se aseguraron con aquella unos ingresos mínimos para subsistir. Posteriormente, y a medida que el cultivo se fue extendiendo más allá de sus fronteras tradicionales, los cultivadores —como en Perú o Bolivia— suelen ser propietarios de pequeñas fincas, en las que la coca acompaña a los productos que la familia requiere para su subsistencia. Disponen así de una renta segura, aunque no sea muy elevada, para poder obtener en el mercado los bienes que necesitan y que no pueden producir.

Y en este sentido, es evidente que la coca desempeña, en ciertas zonas del país, el mismo papel que antes había desempeñado el café, en cuanto que mezcla el cultivo comercial con los de subsistencia y, al mismo tiempo, integra al mercado a un grupo campesino que antes se encontraba en el sector de subsistencia. Sin embargo, y como ya se ha dicho, en Colombia el campesinado es el grupo menos beneficiado de los que, de una u otra forma, participan en el proceso. Además, sus beneficios son pequeños y sólo les permiten acceder a bienes de consumo corrientes»

No obstante, hay muchos otros grupos sociales afectados, desde los procesadores de la pasta base, a todos aquellos que transportan el producto hasta los laboratorios primero y hacia los puntos de exportación después. Y "con la excepción de pilotos muy bien remunerados que transportan la pasta a las refinerías, localizadas principalmente en Colombia, los supervisores de las refinerías de

43 Según algunas fuentes, serían 61.000 los campesinos implicados en su cultivo en Colombia (Santamarta: "Ecología de la...". pág. 43; Nadelman: "Latinoamérica: economía política...", págs. 40 a 42, y Caballero: "Hay que legalizar...", pág. 70).

44 "En 1991 el campesino recibía de 500 a 700 dólares por los 250 a 500 kilos de hoja" que, como mucho, podía producir (Santamarta: "Ecología de pág. 43).

más alto nivel y de los traficantes más importantes, prácticamente todas las sumas ganadas por los cientos de miles de personas involucradas en el comercio permanecen en Latinoamérica".<sup>45</sup> En esos sectores el ingreso se distribuye ampliamente, siendo muchos los que han conseguido mejorar su nivel de vida. Y esto, como es lógico, tiene una influencia trascendental en la ampliación del mercado interno. El incremento de sus ingresos va a influir en sectores como el del vestido, el del calzado, el de los electrodomésticos o el del automóvil, que lógicamente ven crecer mucho sus ventas.

### Conclusiones

De este modo, al menos sobre el papel, ese comercio puede actuar, como ocurrió en otro tiempo con el café, como motor de la economía. Sin embargo, aunque algunos de los efectos del incremento de las exportaciones de café y cocaína puedan ser similares, los resultados generales de la expansión de ambos productos son muy distintos.

La expansión del café sirvió para poblar áreas vacías y económicamente improductivas y para liberar a una parte importante del campesinado de la miseria; y, al mismo tiempo, fue el factor decisivo para la acumulación de capital y para la formación e integración de un mercado nacional, en función del cual pudo abrirse un futuro para el sector industrial.<sup>46</sup> Con los datos disponibles no podemos afirmar nada parecido para la cocaína, cuyo comercio, además, plantea a la sociedad colombiana un dilema al que no resulta fácil encontrar respuesta: si los beneficios económicos que proporciona pueden compensar al país por los altos costos políticos, sociales y ecológicos que ha traído consigo.

En primer lugar, el auge cafetero fue determinante para la expansión de la frontera y para la integración en el Estado de vas-

45 Nadelman: "Latinoamérica: economía política...", pág. 41.

46 Escorcía: *Historia de Colombia...*, pág. 195.

tos territorios antes despoblados, sin que ello representara la destrucción del medio en que se desarrollaba. En la mayor parte de las plantaciones colombianas, el café se cultiva a la sombra del bosque natural, que tiene asegurada de este modo su supervivencia, y se cultiva también con técnicas poco agresivas con el suelo. En las áreas de colonización, incluso las zonas de pastizal se vieron favorecidas; la introducción de pastos artificiales, mejores que los autóctonos, lograron una mayor optimización de los recursos del medio.<sup>47</sup>

El caso de la hoja de coca es totalmente distinto, ya que, según algunos autores, es la causa principal de la deforestación de al menos el diez por ciento de la Amazonia; es directamente responsable de esa deforestación, de la erosión del suelo y de la contaminación de los ríos en las zonas productoras. Si antes el campesino indígena dejaba que el terreno se regenerara antes de volver a cultivar nada en él, con el incremento de la demanda el cultivo se extendió y el agotamiento del suelo fue evidente. La utilización de pesticidas para ayudar a dejar el terreno totalmente limpio para la siembra, no hizo sino agravar el problema. Por otra parte, la persecución de su cultivo ha traído consigo una política punitiva que utiliza para su erradicación herbicidas muy contaminantes, o larvas de mariposa que no sólo acaban con la hoja de coca, sino también con la vegetación colindante. Y, al mismo tiempo, los residuos de las sustancias químicas empleadas en el refinamiento —según algunos autores 400.000 toneladas en 1992— son vertidos sin control a los ríos, que ven así mezcladas sus aguas con productos como el que-roseno o el ácido sulfúrico.<sup>48</sup>

En segundo lugar, el cultivo del café no había ocasionado beneficios sólo para unos cuantos privilegiados, como había ocurrido con otros productos de exportación latinoamericanos. Al exten-

47 La introducción de estos pastos artificiales, supuso un notable incremento en la productividad de las zonas dedicadas a ganado en las tierras de colonización, García: "Colombia. Medio siglo...", pág. 175.

48 Santamarta: "Ecología de la...", págs. 42 y 44.

der la pequeña propiedad, permitió una mayor distribución del ingreso y la liberación de una parte importante de la población campesina del peonaje en la hacienda. Con ello puso en cuestión, por primera vez en la vida del país, los principios que sostenían la estructura latifundista y mejoró considerablemente la situación de un sector del campesinado que se convirtió en propietario.

En el caso de la hoja de coca, el efecto de su cultivo suele ser el contrario. Es cierto que facilita a bastantes pequeños propietarios un ingreso monetario al que apenas tendrían acceso con otro producto; pero también lo es que muchos venden sus tierras a especuladores, mientras otros van sacrificando a la coca sus cultivos tradicionales de subsistencia, dependiendo cada vez más de esos especuladores. "Es sobre dichas relaciones de dependencia ( ... ) sobre las que se asienta la necesaria participación indígena en el reciente procesamiento de cocaína". Y cuando el terreno se agota y esos especuladores trasladan los cultivos a otras zonas, el campesino queda en peor situación que antes. Una vez que ha sustituido sus cultivos tradicionales por coca, se hace patente la escasez de alimentos. Y si, por una parte, ya no cuenta con los ingresos monetarios que le producía aquella para comprarlos, por otra, tampoco puede volver a su antiguo sistema de cultivo en un bosque agotado."

En tercer lugar, el café, al comenzar a distribuir mejor el ingreso, fue el causante directo de la aparición de una clase media urbana y rural —aunque esta última fuera muy limitada—, generando en consecuencia, una demanda de bienes de consumo corrientes que lo convierte, por muchos años, en el motor de la economía del país. Por el contrario, los ingresos generados por el tráfico de cocaína son más altos, pero mucho peor distribuidos.<sup>50</sup> Afecta a un menor número de personas, aunque lo haga en mayores cantidades, lo que lleva aparejado un fuerte incremento del consumo de

49 Los efectos de la especulación producida en la Amazonia colombiana a causa de la coca, han sido tratados detalladamente por Correa, en "Coca y cocaína...", págs. 102 y 106.

50 Sobre esta cuestión parece no haber duda entre los estudiosos del problema. Ver, por ejemplo, Caballero: "Ha<sup>y</sup> que legalizar...", pág. 72.

productos de lujo, que son, a menudo, importados. Por lo tanto, sus beneficios afectan, sobre todo, al sector importador, sin favorecer, apenas, al tejido industrial.

Por otra parte y, como ya se ha dicho, tanto la producción como la comercialización del café se han basado tradicionalmente en el capital nacional, que va invirtiendo en nuevos sectores el excedente de capital de los antiguos, logrando así una mayor diversificación económica. Si bien es posible que una parte importante de los beneficios del comercio de cocaína vuelva a Colombia, una vez blanqueados, no es fácil que tengan como destino la inversión legal en el sector industrial como ocurrió con los del café.

Algunos de los mayores narcotraficantes han ingresado en el país una gran parte de sus ganancias, y han invertido en tierras y en algunos negocios boyantes, sobre todo en los sectores de la construcción y farmacéutico; pero, tal y como hemos podido apreciar más de una vez en reportajes televisivos y periodísticos, estos grandes jefes mantienen un nivel de vida tal que otra parte considerable de esos ingresos se emplea, casi exclusivamente, en el consumo de artículos de lujo importados, con lo que no sólo no generan riqueza para el país, sino que agravan su balanza de pagos.

Otra cantidad importante se dedica al pago de sobornos, a la financiación ilegal de partidos políticos,<sup>51</sup> bandas armadas —para defenderse tanto de las autoridades como de grupos rivales— e, incluso, como señalan algunos autores, a la financiación de algunas organizaciones guerrilleras que ayudan a poner en peligro un Estado con el que ellos están en guerra.

Por último, una parte de las ganancias del café pasa, vía impuestos, al Estado, que puede darles así un destino que beneficie al país en áreas como las del transporte, educación, sanidad o siderurgia, sector esencial si se quiere reducir la dependencia externa.

51 En este sentido basta recordar las dificultades que en el verano de 1995 atravesó el propio presidente colombiano, Ernesto Samper, investigado por el Parlamento ante los graves indicios de haber financiado parte de su campaña con dinero procedente del narcotráfico. Ver la prensa de los meses de julio y agosto de dicho año



Por el contrario, el tráfico de cocaína, por su ilegalidad, no supone beneficio alguno, al menos directamente, para las finanzas estatales.

Por todo ello, aunque la cocaína haya incrementado mucho los ingresos de una parte relativamente importante de la población, y aunque el valor de su comercio representara, como afirman algunos autores, el doble que el del café, los efectos de ambos productos no son, en absoluto, comparables; su influencia sobre el resto del sistema resulta muy diferente. Mientras el café permitió la incorporación al sistema de tierras antes despobladas y contribuyó a modificar de forma favorable la estructura social, la cocaína por el contrario ha originado la desolación de territorios y es, en gran parte, culpable de que la inestabilidad de esa estructura social sea cada vez mayor.

Quizá los efectos de ambos productos sobre el resto del sistema podrían llegar a tener mayores similitudes si el tráfico de cocaína fuera legal y, por lo tanto, controlado de alguna manera por el Estado. Se podría dar así mayor protección a las tierras de cultivo, con recomendaciones dirigidas a la conservación del medio y a evitar el desarraigo del campesino indígena que queda fuera del circuito. Por otra parte, se lograría también el descenso de los precios internacionales al despojar al comercio de su carácter "ilegal"; con ello, los ingresos de los grandes traficantes serían menores —y por tanto también su poder—, al tiempo que el influjo de las exportaciones sobre el resto del sistema sería más amplio y estable. Y, por último, el Estado controlaría, a través de los impuestos, una parte de las utilidades.

Pero eso, en estos momentos, es casi impensable. Al parecer, interesa a muy pocos. Por el contrario, son muchos los grupos que se oponen a la legalización en todo el mundo, aunque lo hagan por motivos diferentes. Hay sociedades —lo estamos viendo hoy en este país— donde amplios sectores se niegan a la simple discusión acerca de la legalización de las consideradas drogas "blandas". Y con ellos están los propios narcotraficantes, que son los primeros interesados en que la situación se mantenga.